



# Lecturas

## Sexto grado

# Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido  
Académico de número  
Academia Mexicana de la Lengua





## *Chingolo*

Silvina Ocampo

Lo llamaban Chingolo, pero se llamaba Horacio y era amigo de un árbol. Solía tocar el tambor debajo de un gomero frondoso que tenía un hueco en su tronco abierto al cielo como una ventana. Un día Chingolo oyó, dentro del árbol, una voz que lo llamaba. Entró en el hueco del tronco. Un hombrecito cuyo cuerpo y cuya cabeza estaban enteramente cubiertos por una suerte de media verde, le dijo:

—¿En qué querés transformarte?

Chingolo pensó un rato, y respondió:

—En tigre.

—Miércoles —dijo el hombrecito.

—Hoy es jueves —contestó Chingolo.

—La gran flauta.

—Esto es un tambor —protestó Chingolo.

—Es lo mismo —exclamó el hombrecito.

En cuanto pronunció esas palabras, Chingolo vio que sus piernas se cubrían de pelo; no pudo ver su cara porque no tenía espejo; al querer silbar no pudo juntar los labios y sintió que sus mandíbulas pesadas se abrían desmesuradamente para bostezar. “Este sueño que tengo no es mío”, pensó, “es un sueño de tigre”. Lentamente salió del interior del árbol y con temor se aventuró por los caminos de la plaza. Le resultaba difícil caminar sobre las piedritas porque tenía las uñas muy afiladas y largas.

Eran las cuatro de la tarde y había mucha gente paseando. Un hombre que vendía globos y juguetes cruzó frente al árbol donde Chingolo



daba sus primeros pasos de tigre. El vendedor ambulante, que estaba acostumbrado a ver tigres de juguete, se le acercó:

—¿Quién sos? —preguntó guiñando un ojo.

—Soy un tigre —contestó Chingolo, sentándose sobre las patas traseras—. ¿No me tenés miedo?

—¡Un tigre a una cuadra de la iglesia del Pilar y de la plaza Francia el 24 de diciembre de 1960! Tengo que anotarlo. Saldrá en los diarios.

—¿Por qué no? Suceden cosas extrañas —dijo Chingolo, dando su primer rugido.

El vendedor, aterrado, huyó y dejó los globos y la canasta llena de juguetes. Chingolo se sentó en el suelo para revisar la canasta. A pesar de ser tigre, le gustaban los juguetes. Eligió una pelota azul y roja, que tuvo que dejar, un diablo de lana y un monito de celuloide, y siguió caminando. Al verlo avanzar, un ciclista echó a correr y abandonó la bicicleta. La plaza ya estaba desierta. Todo el mundo se había escapado, algunos niños se habían trepado a los árboles. Chingolo comenzó a reír a carcajadas; el rugido ahuyentó los pájaros. Lentamente cruzó la plaza, luego la calle, en bicicleta. La gente, distraída, no advirtió inmediatamente que el ciclista



era un tigre. Cuando llegó a la confitería de la esquina se detuvo, bajó de la bicicleta y, avergonzado, pues todavía no se habituaba a ser tigre, se acercó a las mesas que estaban en la acera. Algunas señoras que estaban tomando chocolate se desmayaron. Chingolo se sentó a la mesa donde había una jarra con naranjada y una torta cubierta de azúcar rosada, y se puso a comer. Hacía mucho tiempo que no comía. El mozo trajo unos helados que le habían pedido las señoras que estaban desmayadas bajo la mesa. Era un mozo valiente y no se dejó intimidar por el tigre.

Sacó de su bolsillo la boleta y la colocó sobre la mesa.

—No tengo plata —dijo el tigre—. Soy pobre y además de ser pobre soy tigre. No tengo bolsillos.

—Pero tenés estómago y bien grande —respondió el mozo sin perturbarse—. Tu piel vale más que cualquiera de estas bebidas —continuó, haciendo sonar las monedas en su bolsillo—. Matándote todo está arreglado.

El mozo sonrió y se acercó al teléfono; discó un número rápidamente. A través del vidrio de la puerta mientras hablaba observaba a Chingolo que tragaba tazas de chocolate y comía tortas y sándwiches con



voracidad. Cuando terminó de comer la porción que se había apropiado de esa mesa, comió todos los restos que quedaban en las otras, luego se acercó al mostrador, comió todo el contenido de una frutera y una pata de jamón que colgaba del techo. Los tigres comen mucho, mucho, muchísimo, requetemuchísimo. A lo lejos divisó a unos agentes de policía secreta y a unos señores con impermeables blancos, con ametralladoras, que venían caminando. De un salto el tigre alcanzó la calle, la cruzó y se dirigió al árbol, con toda la policía corriendo detrás de él. Entró en el hueco del gomero y la gente quedó esperando. Se oyeron algunos extraños murmullos y luego apareció Chingolo. Le preguntaron:

—¿No pasó por aquí un tigre?

—Pasó, pero se fue —contestó Chingolo. 🐼



# Glosario

- ad hoc.** Adecuado o apropiado; es un latinismo.
- agreste.** Que pertenece al campo.
- alborozado, da.** Alegre.
- al garete.** A la deriva; llevado por el viento o la corriente.
- alquitarra.** Utensilio que sirve para destilar líquidos por medio del calor, compuesto por un recipiente donde éstos se hierven y un conducto por el que sale la sustancia destilada.
- aluvial.** Referido a un terreno, que se ha formado a partir de materiales arrastrados por corrientes de agua.
- arrancado, da.** Muy pobre.
- atisbar.** Mirar, observar con cuidado.
- avidez.** Realizar alguna acción con ansiedad o codicia.
- brío.** Espíritu, valor, resolución.
- calabrés, sa.** Que es de Calabria, región de Italia limitada por el Mar Jónico y el Mar Tirreno.
- carámbano.** Pedazo de hielo largo y puntiagudo.
- carcaj.** Caja o bolsa, en forma de tubo, para llevar flechas, abierta por arriba y con una cuerda para colgarla del hombro.
- cavilar.** Pensar de forma profunda y minuciosa sobre algo.
- condiscípulo, la.** Persona que estudia o ha estudiado con otra u otras bajo la dirección de un mismo maestro.
- cornalina.** Mineral de color rojo oscuro.
- crespón.** Tela fina de aspecto rugoso.
- de hito en hito.** Fijar la mirada en una cosa con mucha atención.
- desbrozar.** Quitar la maleza de un terreno.
- encabritar.** Enfadarse.
- en un santiamén.** En un instante.
- escarnecer.** Burlarse de alguien.
- esterilla.** Tejido grueso de paja que se pone en la entrada de un lugar.
- expósito, ta.** Referido a un recién nacido abandonado o entregado a un establecimiento benéfico.
- factótum.** Persona que desempeña toda clase de servicios en una casa o establecimiento.
- fulgor.** Resplandor o brillo.
- galera.** Embarcación con velas y remos.



- gozne.** Mecanismo metálico con que se fijan las hojas de las puertas y ventanas para que al abrirlas o cerrarlas giren sobre éste.
- hacinar.** Amontonar, acumular o juntar sin orden.
- hipnótico.** Medicamento que se da para causar sueño.
- jaquet.** Prenda exterior de vestir, con mangas y abierta por delante.
- mendrugo.** Pedazo de pan duro.
- metate.** Piedra rectangular ligeramente cóncava, con patas, que se utiliza para moler maíz y otros granos con un rodillo de piedra, llamado *metlapil*.
- Minerva.** En la mitología romana, diosa de la sabiduría y de las artes.
- paupérrimo, ma.** Que es extremadamente pobre.
- pella.** Masa que se une y aprieta, generalmente en forma redonda.
- percha.** Pieza de madera o metal con ganchos en los que se pone ropa, sombreros u otros objetos, y puede estar sujeta a la pared.
- popa.** Parte posterior de una embarcación.
- pozol.** Bebida hecha de masa de maíznixtamalizado con agua a la que pueden añadirse azúcar, cacao o leche.
- proa.** Parte delantera de una embarcación.
- pronunciar.** Referido a algo, que se hace más visible.
- reps.** Tela de seda o lana que se usa en tapicería.
- rubicundo, da.** Referido al rostro, que tiene un color rojizo.
- saeta.** Flecha.
- septentrional.** Perteneciente al norte o relacionado con él.
- sextante.** Instrumento astronómico que sirve para determinar la posición geográfica de un barco; está formado por un sector de círculo dividido en sesenta grados y un juego de lentes y espejos.
- tápalo.** Chal o rebozo.
- tenate.** Canasta hecha de palma.
- testa.** Cabeza.
- tórrido, da.** Que es muy ardiente o caluroso.
- trémulo, la.** Referido a algo, que se mueve o agita de forma semejante a un temblor.
- umbrío, a.** Referido a un lugar, que le da poco el sol.
- vahido.** Pérdida momentánea del sentido o desmayo.
- yuyo.** Hierba.

# *Créditos iconográficos*

- Mariana Alcántara, pp. 12, 71, 91, 102-103  
Diego Álvarez, pp. 92, 94-95, 122-123  
Israel Barrón, pp. 8, 10-11, 61, 112, 114  
Patricio Betteo, pp. 115, 148, 151-153  
Ángel Campos, pp. 13, 124-125, 128, 130-131  
Julián Cicero, pp. 28-29, 62, 64-70, 98-99, 145  
Juan José Colsa, pp. 14, 34, 36, 37, 42-43, 72, 74, 96-97, 126-127, 138-139  
Julia Díaz Garrido, pp. 135, 146  
Isidro Esquivel, pp. 30, 32, 54, 56-59  
Jimena Estíbaliz, pp. 15, 83, 110-111  
Ixchel Estrada, pp. 48, 84, 86-87, 105, 121  
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 88-90  
Claudia Legnazzi, pp. 38-39, 44-47, 104, 134  
Claudia Navarro, pp. 16-25  
Gabriela Podestá, pp. 26-27, 106, 109  
Tania Recio, pp. 133, 137, 147  
Luis San Vicente, pp. 116, 118-120  
Mauricio Torres Rivera, pp. 40-41, 76, 78-82, 101  
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 33, 140, 142-143  
Richard Zela, pp. 50-53